

CONCLUSIÓN

El mar y la noche.

I

PERRO DE GUARDA PUEDE SER ÁNGEL GUARDIÁN

Gwynplaine profirió un grito de alegría:
—¡ Ah, eres tú!...

Homo meneó la cola; sus ojos, que miraban al saltimbanqui, brillaban en la oscuridad. Después volvió á lamerle las manos. Gwynplaine quedó un instante atónito, al ver renacer en él la esperanza con la aparición del lobo. Hacía cuarenta y ocho horas que había agotado las variedades de la sorpresa, pero todavía le faltaba recibir ésta. Volvía á asir la certidumbre, ó por lo menos la claridad que á ella conduce; veía la intervención repentina de no sé qué clemencia misteriosa, que se encarna tal vez en el destino, y dice: ¡Aquí estoy! cuando vamos á hundirnos en la tumba, en el instante en que nada se espera: veía algo parecido á un punto de apoyo que se encuentra en el momento más crítico del hundimiento. Homo estaba allí, Homo se volvió de espaldas á Gwynplaine y miró hacia atrás, como para ver si aquél le seguía. El saltimbanqui siguió los pasos del lobo, que continuó andando y meneando la cola.

El camino que siguió Homo era la pendiente del muelle de Effroc-stone, que conducía á la barga del Támesis. Gwynplaine, guiado por Homo, bajó por la pendiente.

De vez en cuando Homo volvía la cabeza para asegurarse de que Gwynplaine iba detrás de él.

En situaciones supremas es muy parecido á la inteligencia el instinto de los animales. El animal es un somnábulo lúcido. Hay casos en que el perro comprende la necesidad de seguir á su dueño, y otros en que conoce la necesidad de precederle; entonces el animal dirige, porque conoce vagamente la precisión de ser guía. ¿Comprende que hay que andar por un mal paso y que es necesario ayudar al hombre para que pase? Probablemente no, ó quizás sí; sea una cosa ú otra, hay quien lo sabe por él: frecuentemente nos encontramos con augustos socorros que creemos que vienen de abajo y proceden de arriba.

En cuanto el lobo llegó á la barga, avanzó hacia abajo por la estrecha lengua de tierra que se extendía á lo largo del Támesis. No lanzaba ningún grito, ni gruñía; andaba mudo. Homo siempre obedecía á su instinto y cumplía su deber, pero con la reserva pensativa del proscripto.

Al andar unos cincuenta pasos se detuvo. A la derecha de donde pararon había una empalizada; á la extremidad de ésta, que era un embarcadero sostenido sobre estacas, veíase una obscura masa, que era el cuerpo de un buque; á un extremo de éste, hacia la proa, se distinguía una claridad, que parecía producida por una lamparilla de noche próxima á extinguirse.

El lobo se aseguró de que Gwynplaine se hallaba á su lado; saltó á la empalizada, que era un largo corredor con piso de maderos alquitranados, debajo del cual corría el agua del río. En pocos momentos Gwynplaine y el lobo atravesaron dicho puente.

El bastimento que estaba amarrado al fin de la empalizada, era uno de esos antiguos buques de Holanda que tenían dos mástiles; el de proa llamábase San Pablo y el de popa San Pedro, y guiaban al buque esos dos mástiles, como á la Iglesia aquellos dos apóstoles. Estos pesados navíos llevaban una viga por timón, porque debía ser proporcional el peso de éste al del buque. Tres hombres, el patrón y dos marineros, y un muchacho, el grumete, eran suficientes para hacer maniobrar esas pesadas máquinas marítimas. Los puentes de delante y de detrás del barco no tenían parapeto. El casco del navío, largo, voluminoso y negro, tenía escrito con letras blancas, visibles hasta de noche: *Vograat. Rotterdam.*

En esa época varios acontecimientos en el mar, y entonces el reciente de la catástrofe de los ocho bajeles del Barón de Pointá en el cabo Carnero, obligaron á la flota francesa á refluir sobre Gibraltar, desalojaron la Mancha de todos los navíos de guerra, y dejaron expedito el paso entre Londres y Rotterdam, lo que permitía á los barcos mercantes ir y venir sin escolta.

La *Vograat*, cerca de la que llegó Gwynplaine, estaba arriada á la empalizada por la parte de babor de su puente de detrás y casi á su nivel, formando un escalón para entrar en el buque. Homo y Gwynplaine dieron un salto y se encontraron sobre el puente del navío; éste estaba desierto y no había en él movimiento alguno; si conducía pasajeros, lo que era verosímil, estaban á bordo, puesto que el bastimento se disponía á partir; pero indudablemente estaban acostados y quizás dormidos, sabiendo que

iban á hacer de noche la travesía, que, en tales casos, los pasajeros no aparecen sobre cubierta hasta que se despiertan al amanecer. La tripulación era probable que estuviese cenando, esperando el momento de la próxima partida, en la bodega del buque. Por eso el buque se hallaba desierto sobre cubierta.

El lobo casi corría mientras atravesó la empalizada; pero sobre el navío andaba lentamente y con discreción. Meneaba la cola más alegremente, pero con la oscilación débil y triste del perro inquieto.

Al entrar en el interior del buque Gwynplaine, detrás de Homo, vió la claridad que le llamó la atención desde la barga; había en el piso una linterna á los pies del mástil de delante, y su reverberación destacaba, sobre el fondo oscuro de la noche, una silueta que tenía cuatro ruedas. Gwynplaine reconoció en ella la antigua choza ambulante de Ursus.

Esa desvencijada masa de madera, que fué carreta y cabaña á la par, en la que rodó su infancia, estaba amarrada al pie del mástil con gruesas cuerdas, cuyos nudos sujetaban las ruedas. Como estaba tanto tiempo retirada del servicio, era ya enteramente inútil, que nada gasta tanto á los hombres y á las cosas como la ociosidad; únicamente servía ya para estar colgada; el desuso la paralizó, y además el padecimiento de la irremediable enfermedad de la vejez.

Al volver á hallar la vida, la felicidad, el amor, corriendo atónitamente á entregarse á sus goces para cumplir una ley de la Naturaleza, á excepción de cuando el destino nos trata como trató á Gwynplaine; el que, como éste, sale desorientado y atemorizado por una serie de catástrofes, semejantes á traiciones, adquiere cierta prudencia hasta para entregarse á la alegría; teme comunicar su fatalidad á las personas amadas, creyéndose contagioso, y avanza con precaución hasta la felicidad. Ve que se entreabre el paraíso ante él; pero antes de penetrar le observa. Gwynplaine, vacilando bajo el peso de su emoción, observaba en torno suyo.

El lobo fué silenciosamente á acostarse junto á la choza ambulante y cerca de su antigua cadena.

¿qué va á ser de nosotros? ¿Ella duerme? Sí. Duerme, ya lo creo. Pero no ha perdido el conocimiento. Tiene el pulso bastante fuerte. El sueño es una demora. Es la verdadera ceguera. ¿Qué haré para que no padean aquí encima? Señores, os ruego que no hagáis ruido, ni os acerquéis, que aquí abajo hay alguien. Es necesario tratar con miramientos á esta persona, que está muy delicada; ya veis que tiene calentura y que es joven. Le he sacado aquí este colchón para que tenga aire para respirar; os explico esto para que no la molestéis. Cayó lasa sobre el colchón, como el que pierde el conocimiento; pero duerme y quisiera que no la despertaseis. Me dirijo á las mujeres, pues sé que en el navío hay ladías, y deben compadecer á una doncella. Somos unos pobres volatineros, que os pedimos que seáis bondadosos con nosotros, y si es necesario pagar para que no hagáis ruido, yo pagaré lo que se me exija. Os doy las gracias. ¿Me oye alguien? No; creo que no viene nadie. Mejor. Señores, os doy las gracias si estáis ahí, y os las doy también si no estáis. Tiene la frente sudorosa! Vamos, volvamos al presidio y volvamos á tomar la argolla. Hemos recaído en la miseria, caminamos cuesta abajo. La mano espantosa, que no se vé, pero que se siente, nos ha torcido con violencia hacia la parte negra del destino. ¡No hay remedio! Tengamos valor. Pero es necesario que ella no esté enferma. Soy tan estúpido que hablo solo, sin pensar que estoy á su lado y que puedo despertarla; ¡con tal de que no la despierten bruscamente!... ¡No hagáis ruido, en nombre del Cielo! Una sacudida que le hiciera despertarse sobresaltada, le sería perjudicial, pero creo que todo el mundo está durmiendo en el barco. Doy gracias á la Providencia por esta concesión; ¿y Homo, dónde se halla? Con este trastorno me olvidé de atarlo... no sé lo que me hago... hace más de media hora que no le he visto, y habrá ido á buscar la cena fuera de aquí. ¡Con tal de que no le pase una desgracia!...

Homo golpeó suavemente con la cola el piso del puente.

—¡Ah! ¿estás ahí?... ¡A Dios gracias!... Si hubiera perdido á Homo, eso ya sería demasiado. Ella mueve los brazos, quizá va á despertarse. ¡Cállate, Homo! La marea descendiendo. Pronto partiremos. Cre-

II

BARKILPEDRO APUNTO AL AGUILA Y DIÓ
Á LA PALOMA

La estribera de la choza estaba bajada y la puerta entreabierta, pero no había nadie dentro; la escasa luz que penetraba por el vidrio de delante insinuaba vagamente el interior de la cabaña. Las inscripciones de Ursus, que glorificaban la grandeza de los lores, estaban todavía legibles en las tablas decrepitas. Gwynplaine vió colgados de un clavo, cerca de la puerta, su esclavina y su capisayo.

La choza ocultaba algo extendido en el puente, al pie del mástil, y que iluminaba la linterna; era un colchón, del que sólo se veía una parte. Probablemente habría alguien acostado en él y que se movía en la oscuridad.

Gwynplaine oyó hablar, y oculto en la interposición de la choza, escuchó. Era la voz de Ursus. La voz de este hombre, que era tan áspera por el exterior y en el interior tan tierna, que tanto reprendió y tan bien se portó con Gwynplaine desde su niñez, había perdido la viveza del timbre; era vaga y ronca y se disipaba en suspiros al final de cada frase; sólo confusamente se parecía á la antigua voz sonora y fuerte del filósofo; tenía el sonido de la voz del hombre cuya dicha ha muerto. La voz puede convertirse en sombra.

Ursus parecía que monologaba más que dialogaba, pues ya sabemos su costumbre de entregarse al soliloquio, y por esto tenía fama de maniático.

Gwynplaine retuvo el aliento para no perder una palabra de las que pronunciaba Ursus, y he aquí lo que oyó:

—¡Es muy peligroso esta especie de barco! Como no tiene reborde, si rodáis hacia el mar nada os detiene. Si sobreviniese el mal tiempo, sería necesario descender bajo el puente. Un movimiento torpe, el ruido, producirían una rotura de aneurisma; he visto de esto varios ejemplos... ¡Dios mío!

tendremos buena noche. La banderola cuelga á lo largo del mástil y haremos bien la travesía. Las nubes apenas se mueven, el mar estará tranquilo, la temperatura es apacible. ¡Qué pálida está!... de debilidad... Otros momentos tiene color... se lo causa la fiebre... No veo claro, Homo, no veo claro. Es preciso volver á empezar á ganarse la vida, es indispensable trabajar... para esto ya sólo quedamos tú y yo. ¡Es nuestra hija!... ¡Ah! el navío se mueve. Vamos á partir.

El navío, en efecto, se conmovía al levar el áncora y se separaba de la empalizada por la parte de atrás. Se distinguía á la otra parte del buque, á la popa, un hombre que estaba de pie, indudablemente el patrón, que acababa de salir del interior del navío, que desataba la amarra y que maniobraba con el timón. Este hombre, que participaba de la doble fiema del holandés y del marino, atento y fijo á la corriente de agua, no oía ni veía más que el agua y el viento; se inclinaba á la extremidad del timón, andaba lentamente por el puente de detrás, yendo y viniendo de babor á estribor. Estaba solo en el puente. Mientras el buque estuviese dentro del río no necesitaba á nadie; en pocos minutos el navío navegó, porque el Támesis estaba tranquilo y poco turbado por el reflujo. Como la marea arrastraba al barco, éste se alejaba con rapidez.

Ursus continuó su monólogo:

—Pues bien; haré que tome la digital. Tengo miedo que le sobrevenga el delirio. Tiene sudorosas las palmas de las manos. ¿En qué hemos ofendido á Dios? ¡Con qué rapidez nos ha asaltado la desgracia! ¡Desgraciada niña!... Venimos á Londres, atraídos por la gran ciudad, que posee hermosos monumentos. Southwark es un magnífico arrabal y nos instalamos en él; pero ahora vemos que éste es un país abominable, y estoy satisfecho de salir de él. Estamos á 30 de abril y siempre he desconfiado de este mes; en el mes de abril sólo hay dos días felices, el 5 y el 27, y cuatro desgraciados, el 10, el 20, el 29 y el 30: esto es indudable, según los cálculos de Cardan. Desearía que el día de hoy hubiera pasado ya. Consuela el salir de Londres; estaremos al amanecer en Gravesend y

mañana por la tarde en Rotterdam. Volveremos á vivir en la choza ambulante y la arrastraremos; ¿no es cierto, Homo?

Ligero golpe dado con la cola, le anunció la aprobación del lobo.

Ursus prosiguió:

—Si se pudiera salir del dolor como se sale de una ciudad, todavía seríamos dichosos, Homo; pero nunca olvidaremos al que ya no existe; ya sabes á quién me refiero. Eramos cuatro y sólo somos tres. La vida es una continuada pérdida de todo lo que se ama. Dejamos detrás de nosotros la huella de los dolores. El destino nos atolondra con la prolijidad de sufrimientos insoportables. Continúa el buen tiempo, amigo Homo, y ya no se distingue la cúpula de San Pablo. Estamos ya cerca de Greenwich. Hemos recorrido ya seis millas. Vuelvo para siempre la espalda á esas odiosas capitales plagadas de sacerdotes, de magistrados y de populacho. Prefiero ver cómo se mueven las hojas en los bosques. ¡Siempre tiene la frente sudada!... Están violáceas y gruesas las venas de su antebrazo, por la fiebre que la agita por dentro. ¡Esto me desespera! Duerme, hija mía, duerme.

En este momento se oyó una voz inefable, que parecía lejana y venir de las alturas y de las profundidades á la vez, voz divinamente siniestra, la voz de Dea.

A pesar de las muchas emociones que habían agitado á Gwynplaine, ninguna le conmovió como la que ahora experimentaba. Su ángel hablaba; creyó oír palabras pronunciadas fuera de la vida en la inmensidad del cielo.

La voz decía:

—Hizo bien en marcharse; este mundo no era el que él merecía, y es necesario que yo vaya donde está él. Padre, no estoy enferma; ahora mismo os lo oía decir; me encuentro bien y duermo. Padre, voy á ser feliz.

—Hija mía — le interrogó Ursus, con angustioso acento, — ¿qué entiendes tú por ser feliz?

—Padre, no os incomodéis — le respondió.

Hizo una pausa como para tomar aliento, y dijo:

—Gwynplaine no está ya aquí; ahora

es cuando yo soy ciega. No conocía la noche, y la noche es la ausencia.

La voz cesó otra vez, y luego continuó:

—Siempre tuve miedo de que se volase, porque comprendía que era celestial, y de improviso alzó el vuelo; debía ser así: un alma como la suya se va como un pájaro; pero el nido del alma está en una profundidad en la que existe el gran imán que todo lo atrae, y yo ya sé dónde he de encontrar á Gwynplaine. No equivocaré el camino; más tarde, padre, os reuniréis con nosotros, y Homo también.

Homo, al oír pronunciar su nombre, golpeó en el piso del puente.

—Padre—continuó la voz,—bien comprendéis que desde el momento en que Gwynplaine no está con nosotros, todo ha concluido para mí. Aunque quisiera quedarme no podría, porque no es posible obligar á respirar á nadie. Cuando estaba aquí Gwynplaine, yo vivía; ahora que no está, me muero; necesito es, ó que él vuelva ó que yo me vaya, y ya que él no puede volver, debo irme yo. Morir es muy bueno y no es difícil. Padre, lo que aquí se apaga, se enciende en otra parte. Vivir es tener siempre el corazón oprimido, y siempre no hemos de ser desdichados; cuando esto sucede, nos vamos á lo que llamáis las estrellas, nos casamos allí, no nos separamos ya nunca, amándonos siempre en la presencia de Dios.

—No te pesará estar allí—le dijo Ursus. Dea prosiguió:

—El año pasado, en la primavera del año pasado, estábamos juntos y éramos felices; ¡qué diferencia de entonces á ahora!... No recuerdo en qué pequeña ciudad que tenía muchos árboles, y oía cantar en ellos á los pájaros, nos instalamos. Desde que vinimos á Londres, ¡cómo ha cambiado todo!... Padre mío, ¿recordáis que una noche ocupó el palco grande una mujer, que vos dijisteis que era Duquesa, y que yo estuve muy triste? Mejor hubiera sido para nosotros no haber salido de las ciudades pequeñas; por eso Gwynplaine ha hecho muy bien en partir; ahora me toca á mí. Ya que me contasteis que siendo muy niña, cuando murió mi madre, y estando yo en tierra, de noche y sepultada en la nieve, me recogió él, que era un niño también, y estaba solo en el mundo, no debe asombraros que

hoy tenga necesidad de partir y de ir á la tumba, si en ella está Gwynplaine. ¿Os hacéis cargo de lo que os digo, padre mío? ¿Qué es lo que se mueve? Parece que estamos en una casa que anda, y, sin embargo, no oigo el ruido de las ruedas.

Calló Dea y Ursus también. Después de un momento de pausa, la ciega exclamó:

—¡Es indispensable que me vaya ó que él vuelva!

Ursus, sombrío, murmuró para sí á media voz:

—No creo en los aparecidos.—Después, dirigiéndose á Dea, le dijo:

—¿Preguntas por qué se mueve la casa? Porque estamos dentro de un barco; cálmate. Debes hablar poco. Si te agitas, hija mía, volverás á tener calentura. No podré soportar los cuidados que ocasiona una enfermedad, porque soy ya muy viejo. ¡Por Dios, no quiero que enfermes!...

—No debo buscar en la tierra lo que sólo podré hallar en el Cielo.

—Cálmate; hay momentos en que no tienes clara la inteligencia. Te prescribo el reposo. Me tranquilizaré si veo que estás tranquila. Hija mía, haz algo por mí; él te recogió, pero yo te adopté. Vas á enfermar, y yo no quiero eso; es necesario que te calmes y que duermas. Eso no es nada. Además, el tiempo nos favorece; esta noche parece elegida exprofeso para nosotros. Mañana llegaremos á Rotterdam, que es una población de Holanda, situada en la embocadura de la Meuse. Vamos, procura conciliar el sueño.

—Pierde cuidado, que no dejaré de dormir.

—Te repito que vamos á una población de Holanda que se llama Rotterdam.

—Padre mío, no estoy enferma, y si esto es lo que os inquieta, tranquilizaos, no tengo fiebre; calor y nada más. Estoy buena, pero... me siento morir.

—No eres capaz de semejante cosa—le contestó Ursus, y añadió para sí:

—¡Sobre todo, Dios mío, que no tenga ninguna sacudida!

Hubo una pausa. De repente, Ursus gritó:

—¿Qué haces? ¿porqué te levantas? Te ruego que te acuestes.

Gwynplaine se estremeció y avanzó la cabeza.

III

EL PARAISO RECUPERADO EN EL MUNDO

Vió Gwynplaine que se puso recta sobre el colchón; vestía largo traje blanco muy cerrado, que únicamente permitía ver el nacimiento de los hombros y el cuello; las mangas le tapaban los brazos y los pliegues los pies. En sus manos se hinchaba la ramificación de sus venas azuladas á impulsos de la fiebre; estremecíase y oscilaba como una caña.

La linterna le alumbraba desde abajo. Su hermoso rostro era indecible. Sus cabellos desatados flotaban. Ni una lágrima corría por sus mejillas. Sus pupilas estaban oscuras y encendidas. Estaba pálida, con esa palidez que se parece á la transparencia de la vida en una cara terrestre. Su cuerpo, delicado y frágil, se confundía con los pliegues de su vestido. Ondeaba enteramente con el temblor de una llama, y al mismo tiempo se conocía que comenzaba á ser una sombra. Sus ojos, grandes y abiertos, resplandecían. Parecía salir del sepulcro.

Ursus, vuelto de espaldas á Gwynplaine, atemorizado, levantaba los brazos.

—¡Hija mía! sucedió lo que me temía. Se apodera de ella otra vez el delirio. Sin necesidad de sacudida, esto podría matarla, y tendrá que sufrirla para impedir que se vuelva loca. ¡Muerta ó loca! ¡qué situación!... ¿Qué hacer, Dios mío? Hija mía, vuelve á acostarte.

A pesar de esto, Dea seguía hablando, pero su voz era casi ininteligible, como si densa nube celeste se interpusiera entre ella y la tierra.

—Padre mío, os engañáis; no deliro, y oigo todo lo que decís. Decís que se ha reunido ya mucho público, que me espera y que es necesario que represente esta noche; desearía complacerle, pero no sé cómo, porque estoy muerta desde que Gwynplaine ha muerto. Pero en fin, representaré. Ya estoy aquí; pero Gwynplaine no está.

—Vamos, hija mía, obedéceme, vuélvete á la cama.

—¡No está!... ¡No está! ¡Qué obscuridad!...

Gwynplaine, procurando no hacer ruido, subió á la estribera del coche-choza, entró y se puso la esclavina y el capisayo, salió de allí y volvió á ocultarse en el sitio que antes ocupaba.

Dea siguió murmurando, movió los labios, y poco á poco el murmullo se transformó en melodía. Cantó, con las intermitencias del delirio, el misterioso llamamiento que había dirigido tantas veces á Gwynplaine representando *El caos vencido*.

Después se interrumpió diciendo.

—No es cierto, no estoy muerta. Me equivoqué, porque vivo; él es el que ha muerto. Estoy aquí abajo y él está allá arriba; marchó y me quedé. Ya no le oíré andar ni hablar. Dios nos ha sacado del paraíso que nos había concedido en el mundo. Ya no volveré á oír su voz.

Diciendo esto cantó otra estrofa del *Caos vencido*, tendiendo la mano, como si deseara apoyarse en lo infinito.

Gwynplaine surgió al lado de Ursus, que quedó bruscamente petrificado, y se arrojó delante de ella.

—¡Nunca—exclamaba la ciega,—nunca le oíré!

Dea volvió á cantar, y entonces oyó una voz, la de su adorado, que le respondía entonando su estrofa del *Caos vencido*. Al mismo tiempo Dea sintió bajo su mano la cabeza de Gwynplaine, y profirió un grito inexplicable:

—¡Gwynplaine!

Cayó desvanecida y el saltimbanqui la recibió en sus brazos.

—¡Vive!—gritaba Ursus asombrado.

—¡Gwynplaine!...—repetía Dea, y apoyaba la mejilla en la cabeza de su amante. Después le dijo en voz baja:

—¡Vuelves á descender! ¡gracias!

Levantó la frente, se sentó sobre las rodillas á Gwynplaine, volvió hacia él su cariñoso rostro y fijó los ojos en él, como si le pudiera mirar.

—¡Eres tú!—exclamaba.

Gwynplaine cubría de besos el vestido de Dea. Hay palabras que son, á la vez que palabras, gritos y sollozos; el éxtasis y el dolor se funden en ellas y estallan confundidos.

—Sí, yo soy, yo, Gwynplaine, el que tú

amas, el que es tu esposo, yo, de quien tú eres la eternidad. Soy yo, que te tengo en brazos y soy tuyo. ¡Qué cerca está la alegría de la desesperación!... Un instante más y... ya te lo referiré. ¡Dea, vivamos! ¡Dea, perdóname! ¡Soy tuyo para siempre! Ahora ya nada puede separarnos. Salgo del infierno y me remonto al Cielo. Dices que desciendo; no, asciendo. ¡Ya estamos juntos! ¡quién lo hubiera creído! Nos hemos vuelto á encontrar, y nuestros infortunios han concluido. Continuaremos nuestra vida feliz y cerraremos tan bien la puerta, que la mala suerte no podrá penetrar en nuestra morada. Te lo contaré todo y te asombrarás. El buque ya partió y nadie podrá lograr que no haya partido. Estamos en camino, en el camino de la libertad. Vamos á Holanda, nos casaremos, y yo ganaré lo bastante para vivir. Nada debemos temer. ¡Yo te adoro!

—No hay que andar tan de prisa—balbuceó Ursus.

Dea, temblorosa y estremecida, paseaba la mano por el contorno de la cara de Gwynplaine; después tocó las piezas del traje de su adorado, y dijo:

—La esclavina... el capisayo... en nada ha cambiado... lleva lo mismo que siempre llevó.

Ursus, atónito, se reía y lloraba, contemplándoles y dirigiéndose á sí mismo este monólogo:

—¡No lo comprendo! Soy un idiota. Yo le vi enterrar. Río y lloro al mismo tiempo. Esto es todo lo que sé. Soy tan estúpido como si estuviese enamorado, pero o estoy: estoy enamorado de los dos. Soy un idiota y me emocio demasiado. Esto es lo que yo no quería. Gwynplaine, aprovecha la ocasión. Abrazaos, esto no me importa; yo asistiré al incidente. ¡Es gracioso lo que me pasa! Soy el parásito de su felicidad y tomo parte en ella. No soy nada de ellos y me figuro que soy algo. ¡Hijos míos, yo os bendigo!

Mientras monologaba Ursus, decía Gwynplaine:

—Dea, eres muy hermosa: ¡y yo fui ciego, ahora lo comprendo!... ¡Te vuelvo á ver y todavía me parece mentira!... ¿Qué os ha sucedido durante mi ausencia? ¡En qué estado os encuentro!... ¿Dónde está la Green-Box?... ¡Os han robado, os han expulsa-

do!... ¡Eso es infame! pero yo os vengaré; se las habrán conmigo, porque soy par de Inglaterra.

Ursus, que miraba con extrañeza á Gwynplaine, retrocedió al oír sus últimas palabras, y dijo para sí:

—Veo que no ha muerto; ¿pero estará loco?...

—Tranquilízate, Dea, que yo me quejaré de la injusticia que se nos hizo en la Cámara de los Lores—añadió el saltimbanqui.

Ursus, que seguía examinándole, continuaba hablándose á sí mismo:

—No importa... ¿si está loco, qué le hemos de hacer? Este es uno de los derechos del hombre... ahora ya soy feliz.

El navío continuaba andando suavemente, pero con rapidez; la noche era cada vez más oscura; las brumas que salían del Océano invadían el cenit, de donde ningún viento las barría; las estrellas mayores apenas eran perceptibles, apagándose una tras otra, y al cabo de algún tiempo el cielo se ennegreció.

El río ensanchábase, y ya sus orillas aparecían como dos diminutas líneas brumosas, casi confundidas en la obscuridad nocturna. Gwynplaine, sentado en el colchón, estrechaba apasionadamente á Dea: los dos hablaban, se arrullaban y cuchicheaban, exclamando uno y otro:

—¡Vida mía!

—¡Cielo mío!

—¡Mi amor!

—¡Mi felicidad!

—¡Gwynplaine!

—¡Dea, estoy loco! ¡Deja que te bese los pies!

—¡Eres tú!... ¡tú!...

—Tengo demasiadas cosas que decirte y no sé por dónde comenzar.

—¡Dame un beso!

—¡Esposa mía!

—¡Me devuelves la felicidad perdida, Gwynplaine!

—¡Te vuelvo á hallar y te estrecho contra mi corazón! ¡Eres mía! ¡No sueño!

—¡Gwynplaine!...

—¡Yo te adoro!

—Siento el regocijo de un abuelo,—surraba Ursus entre las frases cariñosas de los amantes.

Homo vino hasta ellos y andaba desde el uno al otro sigilosamente, sin exigir que

fijasen en él la atención, y lamiendo, ya los gruesos zapatos de Ursus, ya el capisayo de Gwynplaine, ya el vestido de Dea, ya el colchón, porque este era su modo de manifestar su alegría.

El buque estaba ya más allá de Chatham y de la embocadura de las Medway, y se acercaba al mar. La serenidad tenebrosa de la extensión era tal, que el descenso del Támesis se verificaba con facilidad, sin que fuese necesario maniobrar ni llamar sobre cubierta á ningún marinero. El patrón solo, al lado del timón, dirigía la marcha del buque: en la parte de detrás se hallaba él solo, y en la de delante la linterna alumbraba al dichoso grupo de seres que acababan de reunirse, convirtiendo su infortunio en súbita é inesperada felicidad.

IV

AQUÍ, NO; ARRIBA

De improviso Dea, desprendiéndose de los brazos de Gwynplaine, se puso en pie, apoyando las manos contra su corazón, como para impedir que se le desordenase.

—¿Qué es esto?—exclamó.—Tengo algo y es la dicha que me ahoga. Esto no será nada y pasará... Tu aparición, Gwynplaine, ha sido para mí un rayo, un rayo de felicidad: cuando el regocijo penetra en el corazón, nos embriaga. Tu ausencia me hacía morir, pero tú me devuelves la vida, que huida de mí. Sentí dentro de mí una ruptura, la ruptura de las sombras que me mataban, y ahora siento fluir interiormente una vida ardiente de fiebre y de delicias. Es tan extraordinaria y tan celestial la vida que en mí haces renacer, que me haces sufrir como si hubieras crecido en alma y no pudieras contenerla el cuerpo: esta plenitud de vida seráfica fluye hasta la cabeza y penetra en ella. Siento en el pecho como un batimiento de alas; mi estado es extraño, pero soy muy feliz. Me has resucitado, Gwynplaine.

Cuando Dea terminó de hablar, se enrojeció y palideció; volvió á enrojecerse, y cayó inerte al suelo.

—¡Ay!—exclamó Ursus,—la has asesinado!

Gwynplaine extendió los brazos para asir á Dea, en la que chocaron el supremo éxtasis con la suprema agonía; él mismo se hubiera caído también si no tuviese que sostenerla.

—¡Dea!—gritó, estremeciéndose,—¿qué tienes?...

—Nada—respondió.—¡Te amo!

Gwynplaine y Ursus acostaron á Dea sobre el colchón.

—No puedo respirar acostada—dijo con acento débil.

Al oír esto la incorporaron. Ursus la preguntó:

—¿Quieres una almohada?

—¿Para qué? Ya tengo aquí á Gwynplaine—respondió, apoyándose en los hombros de éste, que, sentado detrás de ella, la sostenía.

—¡Qué bien estoy así!—exclamó.

Ursus la pulsaba, contando las pulsaciones: ni movía la cabeza ni decía una palabra, y únicamente podía adivinarse lo que opinaba de la enferma por los rápidos movimientos de los párpados, que se abrían y se cerraban convulsivamente, como para impedir que salieran las lágrimas.

—¿Qué tiene?—interrogó Gwynplaine.

Ursus apoyó el oído sobre el lado izquierdo de Dea. Gwynplaine repitió con ansiedad la pregunta, temblando que Ursus le contestase lo que él temía.

Ursus miró á Gwynplaine y después á Dea. Estaba lívido.

Dea, incorporada y cada vez más pálida, plegaba, con los dedos convulsivos, la tela del vestido: suspiró y dijo:

—Sé lo que es esto; esto es que me muero.

Gwynplaine se puso de pie espantado. Ursus sostuvo á Dea.

—¡No, no!—exclamó aquél;—¡tú no puedes morir, y morir ahora, morir en seguida!... ¡es imposible! Dios no lo puede permitir. Devolverte la vida para quitártela al instante, eso no puede ser. No sabes lo que estás diciendo, Dea; tu juicio se trastorna; vivirás. Te exijo que vivas, y tú debes obedecerme, pues eres mi esposa. Yo te prohibo que me dejes y me abandones. No, no; esto no puede ser. Muerta tú, yo no podría ya vivir. Este momento de an-

gustia que te oprime te pasará. Necesito que adquieras la salud y que no padezcas más. La idea sola de que puedes morir, trastorna mi juicio. Nos amamos, somos uno de otro y no tienes motivo para separarte de mí; eso sería muy injusto. Si algún crimen he cometido, tú me has perdonado ya. ¡No pretendas que me vuelva furioso y malvado! ¡Dea, te lo ruego, te lo ruego de rodillas; no te mueras!

Crispando los puños entre la cabellera, agonizando de espanto y ahogado en lágrimas, se arrojó á sus pies.

—Gwynplaine mío, no tengo yo la culpa—le respondió Dea.

Los labios de la enferma se cubrieron de espuma rosada, que Ursus enjugó con una punta del vestido, sin que la viera Gwynplaine, que estaba arrodillado, abrazando los pies de Dea y llorando.

—¡Ah, no quiero que mueras; si muriésemos los dos juntos, me parecería bien!... ¿Qué será de mí, después de tu muerte? Tú eres lo único que al mundo me liga.

Dea le respondió con voz cada vez menos clara y parándose casi á cada palabra:

—Es inútil cuanto digas, mi Gwynplaine. Hace una hora deseaba morir y ahora ya no quisiera. Dios que te puso en mi vida, me retira de la tuya y me separa de ti. ¿Te acordarás de la Green-Box y de la pobre ciega Dea? Recuerda mi canción. No olvides el sonido de mi voz y el modo de decirte: ¡Te amo! Por las noches, cuando duermas, vendré á decírtelo al oído. Nos hemos vuelto á hallar, y como esto era ser demasiado dichosos, no podía durar este estado. Ahora me toca á mí partir. Quiero con todo mi corazón á mi padre Ursus y á mi hermano Homo, porque fueron muy buenos para mí. Me falta el aire. Abrid ¡la ventana.

Gwynplaine, nunca te dije que estuve celosa un día de una mujer que ocupó el palco grande, pero tal vez tú ni recuerdes de quién hablo. ¿No es verdad? Tapadme los brazos, que tengo frío. ¿Dónde estarán Fibi y y Vinos? Acabamos por querer á todo el mundo y nos acordamos siempre de las personas que presenciaron nuestra felicidad. No he comprendido lo que nos ha pasado hace dos días. Ahora me muero. Enterradme con este vestido: al ponérmele, ya me figuraba yo que me serviría de sudario; deseo conservarle mientras pueda, porque le

ha besado muchas veces Gwynplaine. ¡Qué dicha para mí si pudiese vivir ahora! ¡Qué vida tan deliciosa llevaríamos en la cabaña con ruedas!... Cantaríamos y nos aplaudirían. ¡Qué bueno sería no separarse nunca!... Pero no es posible que yo viva ya!... ¡Piensa mucho en mí, amado mío!

La voz de Dea debilitábase gradualmente. La agonía le impedía la respiración; replegaba el dedo pulgar bajo los otros dedos, que es un signo que indica la aproximación del último minuto de vida. Después murmuró:

—¿Os acordaréis de mí, no es cierto? porque sería muy triste morir sin dejar quien se acuerde de nosotros. Si he sido mala alguna vez, os pido me perdonéis. No comprendo por qué he de morir tan joven, estando resignada, como estaba, á ser ciega; yo no ofendo á nadie. No quería otra cosa que ser siempre ciega y pasar la vida á tu lado. ¡Oh, qué triste es separarse!...

Sus palabras, jadeantes, se apagaban una tras otra, como si las soplasen después de pronunciarlas, y casi eran ya ininteligibles.

—Gwynplaine, ¿te acordarás de mí? Necesito que te acuerdes cuando haya muerto. ¡Oh, no me dejéis ir!...

Después de una pausa, añadió:

—Ven á reunirme conmigo lo más pronto que puedas. Voy á ser muy desdichada sin ti. No me dejes sola por mucho tiempo. Aquí es donde estaba el paraíso para mí. Allá arriba sólo está el Cielo. ¡Me ahogo! ¡Adiós, amado mío!

—¡Por favor!—gritó Gwynplaine.

—¡Adiós!—repitió ella.

Gwynplaine, aplicó los labios á las manos heladas de Dea.

La ciega permaneció un instante como si no respirase ya; después se levantó apoyada en los codos; profundo relámpago atravesó sus ojos y dejó escapar sonrisa inefable; su voz ardiente estalló, gritando:

—¡Veo la luz!...

Después expiró, cayendo en el colchón extendida é inmóvil.

—Ha muerto—dijo Ursus.

El pobre viejo, experimentando profunda desesperación, prosternó la cabeza calva, y sepultando la cara sollozante entre los pliegues del vestido de Dea, cayó á sus pies exánime.



